

## El árbol de la ciencia (1911)

Pío Baroja



Escoger este libro ahora al cabo de los años, después de haberlo leído tantos compañeros en su día, evoca en mí viejos y gratos recuerdos de juventud en la antigua Universidad Laboral de Córdoba. Recuerdo haber huido de este libro, como de El Túnel de Sábado, con inmerecida fama de duros, negros o tristes. Quién quiere a los dieciséis años tristezas, ni ahora. Yo lo descarté entonces por eso. Ahora os pido que no dejéis pasar como yo más de treinta años sin leerlo. Todo lo contrario, el que no lo haya leído podrá ahora realizar una buena inversión; por ocho euros obtendrá varias horas de la mejor literatura de todos los tiempos. Sin necesidad de interpretarlo o traducirlo. Castellano castizo en el original. Pura literatura española.

Una novela perfecta. Sin cortapisas, perfecta. Con razón nos la recomendaban como lectura “obligada” en bachillerato. ¡Ay si hiciéramos más caso de nuestros mayores!

La novela se divide en siete partes que guardan una total simetría; las tres primeras cuentan los años de estudiante de medicina de Andrés Hurtado en el Madrid de finales del siglo XIX. La relación con sus compañeros, con su familia y con la sociedad burguesa madrileña. Sus primeras experiencias con enfermos y sus primeros contactos con diferentes ambientes urbanos. La cuarta parte la dedica el autor a reflejar las conversaciones filosóficas que mantiene el protagonista, ya licenciado en medicina con un pariente próximo también médico. Y las tres últimas partes nos describen a Andrés Hurtado ejerciendo como médico en sus primeros trabajos por la España rural decimonónica y su vuelta a Madrid para ejercer y constituir su propia familia.

Pío Baroja en esta novela manifiestamente autobiográfica por narrar la vida de un médico, como él y numerosos pasajes de sus propias vivencias, va descubriéndonos el verdadero espíritu de la sociedad madrileña de fin de siglo de la mano de su alter ego, su personaje principal. Describe una juventud sin principios ni voluntad. A unas gentes mediatizadas por la miseria o cuando menos por la pobreza o el atraso general, de malas o banales costumbres y moral acomodaticia.

Nuestro médico parece vivir en un mundo hostil donde todo sea reprochable, imperfecto. Su mejor amigo, Julio Aracil, representa al burgués rampante sin escrúpulos, capaz de medrar a costa de los demás, escogiendo bien sus amistades en función de sus intereses en cada momento. Mientras Montaner, su otro amigo, arrastrado por la indolencia y la falta de ilusiones y objetivos, como él mismo, verá acercarse un futuro incierto o indeseable. Como el de la misma España, humillada en sus últimas posesiones coloniales en el desastre del 98 en Cuba.

Con su tío el doctor Iturrioz conversa a menudo de los grandes temas que le interesan e indignan: El progreso de la ciencia y de los métodos científicos frente al subdesarrollo español. Las costumbres y la moral de pobres y ricos. La necesidad de

cuestionarse y analizar los eternos problemas del hombre de su tiempo. Sin anarquismo pero sin conformismo.

Nuestro médico, que no es un hombre de acción, parece buscar su propio camino y actitud frente a la sociedad del momento, si bien más desde un plano intelectual que práctico. Su posicionamiento moral ante sus propias experiencias vitales resulta a menudo inusitado. Lo que le convierte en una especie de bicho raro, enfrentado a cualquiera de las posturas existentes.

Enemigo de cualquier colectivo e incapaz de desenvolverse entre sus semejantes, va reduciendo poco a poco su círculo vital hasta constreñirlo al de su propia familia y trabajo, que hace derivar al mero plano de la divulgación y de la investigación teórica. Y durante un tiempo, sin el contacto con enfermos, paseando por su barrio o en su casa confinado en su propia habitación, entre sus libros de ciencia y con su esposa, conseguirá un estado de perfecta serenidad o *ataraxia* propio de las religiones orientales. Estado de felicidad alcanzado simplemente con la práctica de una vida sencilla y tranquila. Fuera de esta jaula de oro Andrés no sobreviviría.

Histórica y formalmente Baroja pertenece a la Generación del 98, grupo de intelectuales y artistas españoles que vivieron en su juventud o madurez el desastre de la derrota española con los Estados Unidos, gran potencia emergente, con la consiguiente pérdida de los últimos territorios coloniales en Cuba y Filipinas. Un hecho que agrupó a escritores, pintores, músicos o filósofos frente a los políticos de la Restauración, en pos de la regeneración de una depauperada sociedad española de principios de siglo.

Los principales componentes de dicha Generación del 98 fueron en un principio Azorín, Ramiro de Maeztu y Pío Baroja, y más tarde Miguel de Unamuno, Ángel Ganivet, Valle-Inclán, Jacinto Benavente, Carlos Arniches, Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, Manuel y Antonio Machado y Francisco Villaespesa.

Si bien la Generación del 98 se caracteriza por cuestiones de contenido más que formales, podíamos señalar en Pío Baroja y en la mayor parte de sus componentes una serie de rasgos estéticos diferenciadores:

- Frente al realismo descriptivo y detallista de Juan Valera o Emilia Pardo Bazán, basado en oraciones subordinadas interminables, Baroja prefiere renovar la estética literaria con pintura de **trazo** más grueso e **impresionista**, deteniéndose sólo en aquellos aspectos que más le interesan. Basando su estilo en la **sencillez y economía del lenguaje** (\*).
- Frente al costumbrismo de Galdós o de Clarín, centrados en dibujar los aspectos externos de los personajes-tipo del folclore español; el torero, el cura, la campesina...A Baroja le preocupan las personas, su vida diaria y su moral, siempre desde un aspecto crítico de la sociedad, no meramente periodístico. Centrándose más bien en la perspectiva o subjetividad del personaje que la vive. Un poco al modo de la novela psicológica de Dostoievski.
- Frente al gusto esteticista del Modernismo coetáneo -cuyo mejor referente fue el poeta Rubén Darío- Baroja no adorna su prosa con una adjetivación o

disposición sintáctica arcaizante ni ornamental, sino todo lo contrario. Su escritura es sobria, directa, ligera y precisa, como su propio instrumental quirúrgico, apenas frecuentada por algunos modismos ineludibles de la terminología médica o científica.

La novela puede conservar acaso algún matiz romántico, por aquella ley pendular que tras los excesos del Realismo y el posterior Naturalismo, quiere volver a centrarse en el hombre, en la fatalidad del ser humano incapaz de conformarse con lo que tiene a su alrededor. Adoptando un punto de vista marcadamente utópico o directamente pesimista.

Encontramos influencias en ella de las tesis regeneracionistas en política, provocada en gran parte por el mazazo que supuso para los intelectuales españoles el desastre del 98. Aparece igualmente una visión existencialista de la vida que no podríamos asegurar se debiera a la influencia de Dostoievski, al que sin duda leyó, sino más bien a su natural escepticismo y a las lecturas del tan en boga Nihilismo filosófico, cuyo mayor exponente fue el filósofo alemán Friedrich Nietzsche y su maestro Shopenhauer, los grandes ídolos de aquel grupo de intelectuales.

El árbol de la ciencia es una novela seria por su propia concepción, por su tono, por su temática, por su intrínseca calidad y perfección formal, pero no triste ni dura. Por su prosa ligera resulta muy amena y dinámica. A diferencia de las novelas de Dostoievski que suceden en un breve lapso de espacio y de tiempo, ésta se desarrolla a lo largo de un largo período de la vida del protagonista en diferentes ambientes rurales y urbanos, lo que le confiere igualmente una gratificante variedad (\*\*).

El árbol de la ciencia es un clásico de nuestra literatura y perdurará para siempre como perdura el arte griego, romano o renacentista; por su sobriedad, su equilibrio, su perfección formal, su acabado, su belleza y su serenidad. Y por tocar los grandes temas que interesan al hombre honestamente, con humildad, con respeto pero sin concesiones: la educación, la moral, la miseria, el progreso y bienestar del ser humano en sociedad, la paz, el amor, la amistad, la familia y la muerte.

Por ello, como mi querido padre Gago hizo con nosotros a finales de los 70, os propongo que leáis El árbol de la Ciencia de Pío Baroja. Como a otros grandes clásicos, especialmente de la literatura española. Y si ya lo leísteis en su momento, que volváis a leerlo, porque ya sabéis lo que decía el filósofo griego Heráclito: “Nunca se baja dos veces al mismo río”

---

#### NOTAS:

(\*): Al uso de este tipo construcción sintáctica breve se la denomina “Período Corto”. Decía don Pío: «El escritor que con menos palabras da una sensación es el mejor». Frente al período largo propio del realismo descriptivo y del naturalismo.

(\*\*): Al desarrollo de una narración a lo largo de extensos períodos de tiempo y al uso de múltiples lugares para desarrollar la acción literaria se le denomina

“Cronotopo dilatado”. Frente al cronotopo breve de la novela de Dostoievski, por ejemplo, más adecuado para la novela psicológica.

---

Que disfrutéis de la lectura y alcancéis un perfecto estado de ataraxia.

---

